



## Capítulo 477: Sangre para la vaca

Vergil mantuvo a Yamato bajo, observando cada paso que daba la vaca.

Su cálculo era real—buscó ángulos, evitó ataques frontales. Pero después de tres estocadas, lo supo: era sólo un reflejo avanzado. Ella no estaba pensando. Ella sólo estaba imitando.

Suspiró decepcionado.

"Sigues siendo estúpido..." murmuró, con la voz baja pero llena de frustración.

El siguiente golpe fue tan rápido que ni siquiera pudo reaccionar —un corte superficial, solo para hacerla estremecerse. Virgilio no quería matarla; quería recordarle quién tenía el control. Ella rugió, con sus manos desnudas enroscándose en puños, pero no había ninguna estrategia en su mirada. Sólo fuerza.



Rize, que miraba con una media sonrisa, pareció notar el aburrimiento en su rostro.

"No es suficiente, ¿verdad?"

Vergil no respondió. Él estaba evaluando, y esa evaluación no estaba terminando bien para ella.

Seis peleas después, ya estaba seguro.



Incluso después de consumir su brazo, incluso con la energía de un demonio mayor corriendo por sus venas, ella sólo se había vuelto más rápida y más fuerte. Su mente seguía siendo la misma prisión de instintos.

Se detuvo en el campo devastado, limpiando la sangre de su espada.

La vaca jadeaba, se arrodillaba y tenía las costillas marcadas debajo de la piel. Su cuerpo humano —el que él había moldeado— temblaba de agotamiento, pero sus músculos todavía estaban tensos, listos para otro choque.

Vergil respiró profundamente.

"La fuerza sin mente... es un desperdicio," dijo, como si hablara consigo mismo.

Titiana levantó la vista de la piedra sobre la que estaba sentada. "¿Entonces se acabó? ¿Vas a admitir que ella nunca será lo que quieres?"



Él sonrió levemente y esa sonrisa hizo que Zuri se estremeciera. "No. Simplemente voy a cambiar mi enfoque."

Su enfoque fue tranquilo, casi gentil.

La vaca lo miró, respirando pesadamente y con las fosas nasales ensanchadas.

Vergil se arrodilló ante ella. Por un momento, ella dudó, insegura de lo que él haría.

"Te gusta mi poder, ¿no?" Él preguntó.



Ella no respondió, pero su cuerpo se inclinó ligeramente hacia adelante, como un animal olfateando.

Luego, Vergil pasó su uña por su antebrazo izquierdo, haciendo un corte poco profundo.

La sangre que fluía era inusual: espesa, de un rojo intenso que viraba hacia tonos azulados. Una energía intensa se extendió por el aire, como una presión física que le puso los pelos de punta.

La vaca miró fijamente el líquido.

Sus músculos se tensaron.

"No sólo carne", continuó. "Hoy... beberás."

En un movimiento lento, casi hipnótico, colocó su brazo contra su cara. El olor era adictivo, y antes de que pudiera pensar, abrió la boca, sus dientes tocaron su piel... y entonces empezó a chupar.

Fue como encender un fuego.

El sonido era húmedo, intenso. Cada trago hacía temblar su cuerpo.

Virgilio no se inmutó; al contrario, le sujetó la cabeza con la otra mano, manteniéndola inmovilizada contra su brazo.

Zuri dio un paso adelante, sorprendido. "¿Qué estás haciendo?!"





Titiana entrecerró los ojos. "Eso no es sólo sangre. Hay algo más ahí."

Virgilio, sin apartar la vista de la criatura, respondió con calma: "Voy a robarle un poco la habilidad a Rafaelina... y controlar su cuerpo con mi sangre."

Rize se rió, se divirtió. "Eres un genio Maestro."

La vaca bebió como si fuera la primera comida de su vida.

Cada gota parecía encender algo dentro de ella —sus venas negras palpitaban, su pecho subía y bajaba a un ritmo irregular. Virgilio lo dejó, controlando exactamente cuánto recibía. Sus dedos se apretaban en la nuca cada vez que sentía resistencia.

El viento llevaba su aroma metálico.

Incluso los depredadores que merodeaban a lo lejos retrocedieron.

Había algo antinatural en la escena, algo que gritaba dominio absoluto.

Zuri apretó los puños. "La vas a matar así."

"No," dijo Vergil, finalmente mirándolos.

La expresión era fría, pero la sonrisa... era la de un artista en medio de una obra. "Rediseñaré su mente. Mi sangre no sólo fortalecerá sus músculos. Se mezclará con el de ella, llevará mi energía y... mis órdenes."





Titiana observó en silencio, como si intentara calcular las consecuencias.  
"Este es un riesgo enorme. Si ella se resiste al control..."

"...entonces la mataré", simplemente intervino. Pero si funciona..." Miró a la vaca, que ahora emitía un gemido bajo y seguía bebiendo. "...será perfecta."

El tiempo pareció distorsionarse.

Vergil la dejó beber durante interminables minutos, el sonido húmedo y el calor se mezclaban con el olor a sangre. Cuando finalmente retiró el brazo, ya no tenía el mismo tono —su piel estaba pálida, casi fría.

La vaca levantó la cara y respiró con dificultad. Sus ojos...

Ya no eran los mismos.

Había algo allí. Un enfoque diferente.

No sólo furia o instinto.

"¿Puedes oírme?" -preguntó Virgilio. Ella parpadeó y asintió lentamente.

Fue un gesto sencillo, pero suficiente para ampliar su sonrisa. "Bien... ahora, levántate."

Ella obedeció. Sin dudarlo.

Zuri dio un paso atrás. "Realmente la estás controlando..."





"Induciendo," Vergil respondió, como si ya anticipara la pelea que vendría después. "Pero el objetivo es que ella aprenda. Y cuando eso sucede..."

Pasó su mano sobre su barbilla, levantándola cara a cara con él. "...ella ya no necesitará mis órdenes."

Titiana dejó escapar un fuerte suspiro. "Estás creando algo que te desafiará."

"Eso es lo que lo hace interesante."

Pasaron las horas.

El campo estaba en silencio, a excepción del lejano crujido de las piedras que se agrietaban con el calor residual de batallas anteriores. Vergil estaba sentado sobre un fragmento de roca negra, Yamato apoyado a su lado. Arrodillada ante él, la niña —que alguna vez fue una bestia demoníaca común— respiraba constantemente.



Su piel tenía un brillo extraño, como si algo nuevo corriera por sus venas. Pequeñas marcas arcanas, casi invisibles, pulsaban bajo la superficie—restos de las runas que había tallado en su propia sangre antes de ofrecerla.

La observó como un escultor evaluando un bloque de mármol. "Ahora veremos..." murmuró.

En las últimas horas, no sólo había alimentado a esta criatura con su sangre. Él lo tenía "preparado": un ritual rápido en el que trazaba símbolos de transferencia de memoria en su piel, un conjunto que Rafaelina solía usar para imprimir fragmentos de conocimiento directamente en las mentes de sus



sirvientes. El objetivo era simple: no sólo darle fuerza... sino forzar el lenguaje en su mente.

La primera señal llegó como un sonido ronco. "Vuh..." Ella tosió, ahogándose. Los músculos de su garganta se contrajeron, sin estar familiarizada con el nuevo uso. "Vuhh... gil..."

Virgilio inclinó ligeramente la cabeza, como si estuviera escuchando una música rara. "Continuar."

Parpadeó, perdió la mirada, pero algo se estaba organizando allí. Las runas ardían suavemente dentro de ella, enviando nuevas conexiones a su cerebro.

"V... egil." Esta vez, más claro.

Zuri, que estaba más lejos, abrió los ojos. "Ella... ¿habló?"

Rize sonrió, satisfecho. "Le dije que lo conseguiría."

Vergil mantuvo su tono tranquilo. "Más."

La niña frunció el ceño y sus labios se movieron como si buscara formas.

"Hambre... quiero... sangre."

La sonrisa que se extendió por su rostro era inhumana. "Excelente. Ya sabes cómo pedir lo que quieres."

